

# LA ESCUELA COSTARRICENSE



EN ESTE NUMERO:

**Manual de la Verdadera Elegancia**

POR

**MOISES VINCENZI**

6065 - IMPRENTA NACIONAL - 1934

# LA ESCUELA COSTARRICENSE

REVISTA PEDAGOGICA MENSUAL

Organo de la Secretaría de Educación Pública

Director: MOISES VINCENZI

---

AÑO II

San José, C. R., 15 de abril de 1934

Nº 17

---

## MANUAL DE LA VERDADERA ELEGANCIA

---

### De cómo la belleza de la mujer no es lo que a primera vista parece

¿Ves a esa niña? Tiene un cuerpo armonioso, proporcionado; una cara perfectamente simétrica; una manos y unos pies lindos. No obstante, hay algo en sus ojos negros que nos inquieta: su mirada no es firme; sus párpados carecen de tranquilidad; los movimientos de la cabeza no van de acuerdo con ellos; en suma, no ven con nobleza, con distinción, con el suave candor de un ser bueno y culto a la vez. Luego esos ojos no son bellos: son apenas un simple juego de formas, de colores. Pero hay algo más en la cabeza perfecta de esa niña: su boca no sabe expresar nada generoso; no es una boca espiritual; no sabe sonreír; no sabe hablar. Cuando hay un motivo de risa, un motivo ordinario de risa, está pronta

a externar una alegría grosera; y lo hace con displicencia, con gritos irregulares, con ruidos que se oyen a largas distancias. En cambio, desconoce el encanto de la sonrisa en que los hombres sabios han encontrado el verdadero fulgor de la espiritualidad, porque esa boca no ha aprendido a sonreír.

No. Esa niña no sabe ver y no conoce tampoco el atractivo de la sonrisa: es una pobre niña ignorante que desconoce la verdadera belleza. Además, piensa que el afeitado es capaz de afinar sus formas. Está profundamente equivocada. El afeitado debe ponerse en otra parte. Más que el infantil engaño de una ojera pintada con carbón, embellecen los ojos un sentimiento bello, una idea generosa. Y esa niña lo ignora. Por eso merece, bajo la consideración de las personas discretas, piedad; simplemente, piedad. Las almas feas en cuerpos bellos no merecen otra cosa que piedad.

No. Esa niña se pinta los labios: la sustancia con que los pinta es un elemento propicio al cultivo de los malos microbios. Ella también lo ignora. No sabe esa niña que una boca, bella o fea, es mejor que una simple boca pintada, que un engaño, que una falsedad, que una mentira. Ignora que sólo la verdad es bella, por más defectos aparentes que manifieste. Esa niña no sabe que la belleza de una cara no se logra con una máscara o con una mutilación de la naturaleza. Porque, ¿no hay mutilación en ex-

traer con pinzas las irregularidades de una ceja? O, si las intenta pulir con una navaja, ¿desconoce el horrible efecto que produce una piel rasurada de mujer?

Esa niña, amigas mías, tiene un cuerpo armonioso, una cara griega, unas manos cuidadas, unos pies diminutos, pero es fea porque no sabe mirar, no sabe sonreír, no sabe manifestar la verdad de su propia naturaleza, puesto que la mutila con las pinzas, con la navaja o con los afeites. Es decir, que no es bella porque es ignorante.

## Del engaño e injusticia de las modas en cosas femeninas

Esa amiguita de cuerpo bello y espíritu elemental, es decir, inferior, piensa que exalta su belleza siguiendo la esclavitud y los costosos caprichos de la moda. Es un error. Si sus padres son pobres, al exigirles muchos vestidos los sacrifica, los lanza cada vez más a la miseria y, con una horrible frecuencia, al deshonor. Muchos son los padres que han robado, y que roban, para comprar ropas caras a sus hijas. ¿Y sabéis lo que esto significa, niñas inocentes? Pero es más: tras el sacrificio de los padres, está el de ellas: las modas no buscan la higiene; tampoco la honestidad; tampoco la economía; y menos aún la justicia. Las hacen en el cuerpo de una docena de modelos, de tipos de mujer corporalmente excepcionales y de acuerdo con los grandes negocios de telas. Es decir, que las mujeres que no se parezcan a esos modelos, a esos tipos de excepción, hacen, de seguro, el ridículo con sus vestidos. Así, las modas quedan bien, al menos en cuanto a la grosera sensualidad que buscan, en un reducidísimo grupo de mujeres bellas de cuerpo y, con la mayor frecuencia posible, *nada más que de cuerpo*. El resto, esto es, la mayor parte de las que se esclavizan con ella—millones

y millones de personas,—no hacen con la moda más que el ridículo. Los vestidos de moda no son higiénicos, como lo hemos afirmado, porque buscan la desnudez y con ella encuentran el constipado; las modas viejas, en cambio, buscaban el calor, los repliegues abundantes, el polvo y el barro de las calles antiguas. Pero entre ambos extremos—la abundancia de telas y la exigüidad en su empleo, amiga esta última del nudismo—la moda no ha encontrado un término medio razonable. La razón es lo que a ella menos le importa. Y no hablemos nada de la honestidad: ya todas sabéis que la moda está reñida con ella; es más aún: que la moda actual y la moda de siempre no ha buscado otra cosa que la provocación de los malos instintos. La moda es antehigiénica; es deshonesta; es derrochadora; y es esencialmente injusta.

Pero hemos oído la voz de nuestra amiguita, diciéndonos, detrás de los hombros: ¡viejo más gazmoño!

## Donde se muestra que la gazmoñería es otra cosa que el buen sentido

Amiguita: odio como tú la gazmoñería, la verdadera gazmoñería. Con mucha frecuencia los viejos se tornan consejeros porque la edad los ha puesto fuera de combate. Las viejas hipócritas regañan a las niñas y las invitan a sacrificar la alegría a cambio de una virtud que ellas no tienen, porque si no caen en los errores de la juventud, pasan la vida murmurando o haciendo cualquier desplante parecido. La de esas viejas es la gazmoñería: no el consejo sano de un hombre que todavía no es viejo. Y si tomo en aprecio mi edad no es para hablar de mí mismo: es, más bien, para darte confianza; para que sepas que mis quejas contra la moda no son las de un apóstol; ni las de un beato; ni las de un vencido, al menos en aquello en que me interesa no serlo para hablarte e inspirarte una confianza verdaderamente razonable. Te hablo, amiguita, como un artista; y de aquello que puede interesarte para completar tu belleza externa y modelar la íntima. Ando tras tus errores y no quiero catequizarte para ningún credo. Busco el sentido de la belleza íntima de las fisonomías, tan desfiguradas por los vendedores de ropas extranjeras. No me regañes, amiguita; y trata de

comprender que una boca desfigurada es una infantil ridiculez de la moda; que unas cejas fingidas recuerdan ciertas enfermedades de la piel; que unas uñas rojas no parecen humanas, porque las verdaderas, pálidas o ligeramente sonrosadas, limpias o pobladas de graciosas nubecillas, son mucho más sugestivas que una mancha roja, que un chillante pringue de tinta. No confundas la verdadera gazonería con estas razones, del modo que lo hacen casi todas.

Buen sentido para entablar una urgente disputa, es todo lo que solicito a las lectoras: la disputa sobre los errores y los horrores de la moda, contra aquellas que se obstinan en seguirla sacrificando el bolsillo y el honor de sus familias; y, sobre todas las cosas, también el más bello concepto de la belleza femenina: el de la gracia íntima, el de la cultura, el de la bondad, fuera de cuyos dominios todo es feo y triste, aunque no lo parezca a los tontos, en la mujer.

Gazono, no; artista, sí. Pon verdadero cuidado en cuanto voy expresándote y comprenderás cuán desviadas están las niñas que siguen, a ciegas, los caprichos de la moda. Así, pues, no te pongas en ridículo con un vestido que no calza en las particularidades de tu propio cuerpo; con los alcances de la economía de tu casa; con la higiene; con la honestidad. No deposites criaderos de microbios en los



labios; no te recortes las cejas; no te pintes las uñas; no trates de provocar, con tus costumbres y tus ropas, los bajos instintos de la gente.

Lectores: nuestra amiguita no sabe estas cosas y por eso nos ha dicho gazmoños, detrás de los hombros. En verdad da lástima verla tan bella por fuera y tan tonta por dentro.

## Página en que se ve el sentido de la verdadera elegancia

No está, pues, amiguitas mías, la verdadera belleza en los trapos de colores que os ajustáis al cuerpo; en los múltiples anillos con que adornáis vuestras manos; ni en los collares de perlas; ni en los sombreros con que ocultáis la verdadera forma de vuestras cabezas. La belleza no está, la belleza de fondo, en ningún trapo, en ningún pedazo de metal, en ninguna zapatilla bordada: está más adentro: en vuestras mismas almas. No afirmo que el vestido sea un objeto despreciable; digo, solamente, que no es más que un simple accesorio de la personalidad; un objeto que tiene una pequeñísima importancia espiritual. Porque, a pesar de todo, la tiene, aunque en mínima parte: no en el sentido que habéis supuesto: más bien para señalar en sus lujos, en sus excesos, un estado interior lamentable; o para demostrar que el buen gusto con que lo usan las personas sensatas, huyendo de los colores vistosos, de los trapos caros, de las modas ridículas, de los escotes deshonestos, es un don de la espiritualidad que buscamos. Es, la del vestido, una importancia indirecta, que se manifiesta en función del espíritu, porque sólo es atendible la verdadera belleza, por las

ideas y los sentimientos de la persona; y no por el valor aislado de una pieza de seda, de un colgajo de encaje o de una figulina de oro.

La verdadera elegancia no existe sin un hondo cultivo espiritual; no puede existir en esa niña que no sabe leer libros sanos; que anda, deseosa de provocar malos deseos, en los hoteles de lujo, en los clubs de fama, en los paseos que llaman aristocráticos; que no tiene tiempo sino para vestirse, para cambiar cada hora de vestido; que vive esclava del espejo y de la ventana; que no sabe conversar de cosas generosas; que murmura continuamente con sus amigas. La verdadera elegancia está en todo lo contrario: tiene un sentido raro de la humildad; un buen sentido de la sencillez; busca la gracia en el bien, en el cultivo de su propia alma; en la honestidad, es decir, fuera de los clubs de moda donde los apetitos bajos ponen todas sus trampas en una copa de vino, o en la sensualidad de una pieza de baile. La prueba está en que los jóvenes verdaderamente cultos y trabajadores no se encuentran en esos clubs, en esos paseos, en esos hoteles. Todo lo contrario: la biblioteca no da tiempo para eso; tampoco el taller. De manera que, amiguitas mías, cuando váis a esos sitios a buscar la compañía de jóvenes elegantes, os encontráis con unos simples figurines; con los hijos de gente rica o acomodada que no ha tenido lugar de educarlos en asuntos de fondo; que saben

saludar con mucha gracia aparente, pero nada más. No son otra cosa que cazadores de placeres bajos a costa de las niñas tontas. Y es que, como os dije antes, tanto esos figurines como esas niñas, andan tras un sentido falso de la elegancia.

No, amiguitas, la elegancia no está en los vestidos caros, en las joyas alucinantes, en los salones suntuosos; menos en el cigarro de menta que os ofrecen en cajas doradas; o en la copa de licor con que vuestros amigos desean y logran entonteceros a la hora del baile. La verdadera elegancia empieza por ser una actitud interior y termina, de un modo indefectible, por la sencillez de las costumbres. Es, pues, amiguitas mías, una virtud. No se puede ser elegante sin ser bueno, honesto, sensato, cuidadoso; sin distribuir el tiempo con verdadera mesura entre el trabajo, el estudio y la diversión.

Pero, ¿también es elegante divertirse?

## Donde se aprecia en qué forma se divierten las niñas verdaderamente elegantes

La niña elegante, fea o bonita—¿no sabíais que las niñas feas tienen derecho a ser elegantes?—ha empezado por ser estudiosa; por desarrollar, junto a su inteligencia, su corazón. Ha comprendido que es útil para su vida conocer todas las aplicaciones de la electricidad; que no es bueno ignorar cómo se llama la capital de España o de Japón o de la India; tampoco la vida de Napoleón; y menos aún las inquietudes de los jóvenes estudiantes del mundo. Sabe que ignorando todo esto no podrá conversar con la gente culta sin hacer el ridículo. Pero, sobre todo, ha meditado mucho en la virtud, en cualquier medio en que se mueva. Ha aprendido una cosa esencial: que no debe buscar el aprecio de los simples figurines; que sólo interesa ganarse el buen juicio de las personas buenas y cultas, por más que no asistan a los grandes hoteles, o tal vez, en gran parte, precisamente por eso: porque están alejadas de todas las tentaciones pecaminosas, de todos los medios frívolos y perversos.

La niña elegante, fea o bonita, se divierte con los placeres sanos: gastando en su vestido sin sacrificar el bolsillo de sus padres; o, si es rica, vistiéndo-

dose con decoro, no para llamar la atención pública en las esquinas, sino para verse sencilla, es decir, bella, a los ojos de la gente culta. Es decir que también sabe hacer del vestido un motivo sano de placer, de frescura, de limpieza, de inocencia. Sufriría con un vestido demasiado vistoso, demasiado rico, demasiado petulante: no confunde el exhibicionismo con la belleza. Además, conoce el sentido de la oportunidad: se presenta donde debe presentarse; donde no exista un peligro para su virtud; donde la alegría tenga un principio espiritual. Prefiere, por esto, a un mal amigo, no tener ninguno. Pero eso sí: cuando logra encontrar uno, su diversión con él no tiene precio: se siente segura en su compañía; recibe buenos consejos de él; quiere ser buena, antes que todo buena, para él. Si tiene la rara fortuna de ser bella por fuera, goza mirándose en el espejo y pensando que su belleza externa va en consonancia con su belleza íntima, con su honestidad, con su elegancia interior. No hay placer igual al suyo. Ha educado su voz; habla de modo que apenas la escuchan sus oyentes; no murmura; no quiere todas las ventajas para sí misma: sería demasiado vulgar para ella ese bajo egoísmo: tiene un dulce placer en ser útil a los otros, en ofrecer un consuelo; en aplaudir una virtud de sus compañeras; en no aceptar regalos costosos, en relación con la fortuna de quien se los ofrece; goza con todo esto, más que la cortesana

en el baile; que la mujer ligera en el trato con los hombres sin pudor. No acepta chascarrillos pasados de color; mucho menos pasaría por la vulgaridad de contarlos ella misma.

Encuentra placeres hondos en la lectura de buenos libros, en la conversación de cosas cultas. Y cuando tropieza con personas más cultas que ella, prefiere escucharlas a hacerse escuchar: tiene el sentido de la relatividad de sus propios alcances. Goza al sentirse capaz de distinguir lo bueno de lo malo, lo oportuno de lo inoportuno, lo vulgar de lo fino. En suma, los placeres de la niña elegante son infinitamente mayores y más duraderos que los de la cortesana; que los de la gente vulgar; que los groseros placeres de la bebida, del fumado, de la mesa y del baile, con que las niñas modernas quieren hacerse pasar por elegantes y por bellas.

Se comprende por qué esta niña elegante sabe divertirse mejor que las otras: su conciencia desconoce los dolores del remordimiento a que las malas compañías conducen a las otras, a las desmañadas criaturas que pasan la vida en los salones de los grandes hoteles, frente a la copa de vino, con el cigarrillo mentolado en los labios. No hay diversión igual a la diversión honesta y culta de la niña espiritual, de la niña elegante.

## En qué consiste la elegancia de las niñas feas

Las niñas feas—es decir, el ochenta por ciento de las mujeres—tienen muchas ventajas sobre las bonitas. No lo digo por consolarlas; lo digo porque basta considerar el destino de unas y otras, para comprender esas ventajas. Por lo general, las bonitas son perseguidas: el resultado de tal persecución viene siendo, en un noventa por ciento, el pecado, la desgracia. Cada una de vosotras, queridas lectoras, recuerda el fracaso de una, de dos, de tres mujeres bellas, por el simple hecho de ser bellas. El engreimiento las hace, por otra parte, ridículas; el orgullo, antipáticas. Ningún hombre sano las busca para amigas, para compañeras: representan, más bien, un peligro que una garantía; una inquietud malsana, que un consuelo sereno. De aquí se desprende el crecido número de matrimonios que se hacen con mujeres feas y el fracaso, casi constante, de los enlaces con mujeres bonitas. Esto no quiere decir que no haya excepciones, en un sentido y en otro. No todas las mujeres bonitas son malas, ni mucho menos; pero tampoco todas las feas son virtuosas. Me refiero a hechos generales, a observaciones que todas vosotras podéis hacer, si no las habéis realizado todavía. El medio actual, con sus banalidades, agrega, a los peligros de las mujeres bonitas,



otros más. La costumbre, tan arraigada ya, de hacer reinas, es uno de estos peligros, de estos atentados, al menos contra la modestia de muchas niñas buenas y bellas. Si la belleza reconocida en un barrio, en una ciudad, pasa a la consagración de una reina, también pasa a despertar en torno suyo más envidias, más asechanzas, más lisonjas malsanas. Todos estos peligros están conjurados por las niñas feas. Lo que les ha parecido una desgracia, ha sido, simplemente, un escudo.

No obstante, sé que la fea tonta no se consolará, con estas raras reflexiones, de la aparente desgracia de no ser bella. Pero quienes llegan a justificarlas y además comprenden que la belleza interior es más durable que la material, fuera de no traer consigo ninguna desgracia, están conformes con su fealdad; y se alistan a buscar, dentro de sí mismas, la belleza eterna: la de la cultura, la de la virtud, en cuyo seno vive, con toda magnificencia, el secreto del buen éxito, la gracia de la elegancia esencial. ¿No habéis tratado, lectoras, con mujeres feas que fascinan con su simpatía, su bondad y su cultura? Y en cambio, ¿no recordáis el caso de mujeres bonitas que son simplemente intratables? La experiencia nos hace recordar, a todos, innumerables personas en que se operan tan extraños fenómenos. Estad seguras de que la fea simpática hará matrimonio más pronto que la otra; y que las muñecas antipáticas,

por lo general, terminarán por recluirse en una soltería ilimitada, si no hacen una alianza fastuosa, interesada y, por tanto, al fin y al cabo, infeliz.

La elegancia de las mujeres feas, más que la de esas muñecas, está en el cultivo interior: jamás en la moda, nunca más ridícula que en ellas; nunca más inútil que en ellas. Ya véis cómo el hombre culto menosprecia la mentida elegancia de los afeites y de los colorines, en las mismas mujeres bellas. ¿Qué dirán de las feas que se mutilan las cejas, se pintan los labios y se manchan las uñas? Nadie tiene derecho a desfigurar su naturaleza: menos aún aquellas personas que no deben esperar gran cosa de la belleza externa. La fea que no comprenda este sencillo alegato, es una desgraciada que busca la belleza imposible y encuentra tan sólo el ridículo, cuando bien puede buscar la elegancia interna, la de su corazón, la de su inteligencia. No pocas lo comprenden así y por eso triunfan: sobre el espejo roto han dejado caer, no pocas veces, las páginas sueltas de un libro generoso que las ha orientado hacia el dulce sendero de la belleza interior.

## **De cómo la belleza exterior no dura casi nada; y la interior se proyecta más allá de la vida**

Pero, ¿habéis calculado, niñas bellas, cuánto dura la belleza de vuestros cuerpos? A los quince años empieza a florecer, en toda su fuerza, para apagarse antes de los treinta años. Casi siempre es así: las excepciones son muy pocas. Es decir que el esplendor material de un cuerpo permanece durante diez años. Bien poca cosa para una vida de sesenta o setenta. Las que pensáis en triunfar con ese esplendor fugaz, salís derrotadas antes de alcanzar la plenitud espiritual.

En cambio, la cultura, la virtud, apenas empiezan a brillar en los treinta años de edad. Cuando los placeres groseros de la belleza material se acaban, los otros comienzan, más fuertes que nunca, a producir profunda alegría íntima.

Ahora me diréis: ¿pero sólo las mujeres feas tienen derecho a ser buenas y cultivadas? No, no es eso lo que he deseado deciros: es precisamente lo contrario; es explicaros que la belleza corporal pasa con gran rapidez y que por eso mismo no tiene mayor importancia en la vida de una mujer sensata. La mujer bella que se convence, de verdad, frente a tales ideas, llega un día a preferir a un buen espejo

un buen libro; a un vestido de seda, una estatuilla de marfil; a un perdido barbilindo, un hombre sano, fuerte y de alguna cultura, aunque no asista a los bailes de un gran hotel; aunque no sepa decir frases galantes y engañosas; aunque no tenga vida exterior. Preferirá a la fama, el mérito; al dinero, la cordura para manejar la economía modesta de una casa pobre; a la belleza corporal, la del alma. Por tanto, la advertencia es para todas: mujeres feas y mujeres bonitas.

¿O seguiréis, en vuestra obstinación, pensando que la belleza corporal es un don invariable, libre de peligros, de tentaciones, de asechanzas, de desgracias? La vida material, amigas mías, es triste en su mismo esplendor; la otra es alegre en la pobreza, en la riqueza, en la juventud y en la vejez. Y quien lo ha comprendido de esta manera a tiempo, no pocas veces tiene margen suficiente para hacer obras tales, que no perecen con la vida del cuerpo, con la miseria de la carne. No, amigas mías: no os apeguéis a la lisonja; no a la vanidad por una belleza que no habéis conquistado con los esfuerzos del alma; no a las cosas percederas. Buscad, en cambio, el único sendero: el de la virtud. Sólo él os conservará bellas siempre.

## De cómo un hombre culto reconoce a una mujer vulgar

Nuestro culto amigo va en un coche de ferrocarril; con él se dirigen varias niñas desconocidas al mismo sitio. No van solas; van acompañadas por varios jóvenes. Él observa a las unas y a los otros. Entre ellas hay una dominante: es la que dispone los motivos de conversación, los cambios de lugar en los asientos. Nuestro camarada la observa más atentamente a ella: viste un traje a la moda: muy ceñido a la piel y muy descotado. Se sienta con alguna libertad; apenas aparenta, por política, un poquillo de pudor. En las estaciones, es la primera que tiene sed: la que manifiesta, frente a los jóvenes, mayor interés por las ventas de frutas. Ellos satisfacen, con aparente naturalidad, sus caprichos. A la hora de haber agotado las exigencias de todos los apetitos, en dos o tres estaciones, empieza a proyectar paseos fastuosos, en que los gastos se multiplicarán. Esta niña no ha calculado si sus jóvenes amigos tienen dinero suficiente para satisfacerla; y, si en caso de tenerlo, lo gastan, de ese modo, con gusto. Carece de un supremo elemento de la elegancia: la delicadeza. Es, simple y llanamente, una mujer vulgar, como diría Frank Crane.

No. La mujer que pide regalos a los hombres, de un modo directo o indirecto, carece de toda belleza interna: produce, para decirlo con toda franqueza, un sentimiento muy crudo en las personas que la rodean: la repulsión. No porque lo que ella pida sea caro o barato: por la simple actitud de pedir. Los hombres cultos no soportan a estas mujeres. Y si las atienden, lo hacen regularmente por educación. Es muy triste, amigas mías, que un hombre culto piense de una niña semejantes cosas.

Ese tipo de mujer es frecuente, más de lo que fuera deseable. El de la mujer recatada, sencilla de gustos, puntillosa en su trato con los hombres, es horriblemente escaso.

La valentía es al hombre lo que la delicadeza a la mujer: son cosas características de cada sexo. Sin embargo, las niñas, muchas niñas lo ignoran y es una gran lástima.

Amigas mías: sed delicadas; no abuséis de vuestra calidad de mujeres para obligar a los hombres a haceros costosos regalos. Ellos os darán, si son cultos, lo que deben daros. En este caso vuestra delicadeza no sufre menoscabo alguno. Pero, ¿es que necesitáis de semejante consejo? Por desgracia muchas verdades sencillas y viejas, deben ser dichas generación tras generación, porque los pueblos las repiten mecánicamente, sin darse el menor trabajo de vivirlas.

Ahora pensemos cuán fácil es ser vulgar; cuán triste es serlo; y cuán necesitadas están, especialmente las niñas, de huir de toda vulgaridad, de semejantes faltas de delicadeza. Un poco de vida interior, de atento oído para las cosas nobles, haría a nuestras mujeres, de verdad, más bellas y más felices.

## **Donde se conoce que no puede haber verdadera elegancia en la mujer descreída**

Si estáis ya convencidas, amigas mías, de que la belleza espiritual es la verdadera, la mejor de todas, la más permanente, la única que nos hace capaces de triunfar, ¿no aceptáis que la mujer sin religión no tiene el gran panorama íntimo que necesita para ser buena? Sí: la mujer sin un buen credo, sin un ejemplo de belleza moral, es una pajuela al viento. Toda una vida de siglos se necesitaría para que un ser cualquiera llegase a construir, por sí mismo, un sistema moral. La religión lo da hecho; es un gran servicio que nos hacen a costa de mucha sangre y de infinitos sacrificios. Hay que aprovecharlo. Las niñas necesitan de ese servicio, de su enseñanza, de su belleza. La religión lo ofrece. Pero, ¿cuál religión? No lo dudéis: la de estos pueblos puede tener muchos errores; mas vosotras no sabéis cuáles. Seguid, entonces, el ejemplo de las gentes superiores. La figura de Jesús os guiará. Id a oír sus consejos: no los encontraréis más puros, más nobles y más bellos. ¿Queréis algo más que la palabra de Jesús? Vuestra religión es bella por esa palabra.



Cuando estáis tristes, ¿no sentís el deseo de rezar, de buscar consuelo en algo divino?

La mujer sin religión no encuentra ese consuelo en parte alguna. Así sus actos se hacen más desenvueltos y más temerarios: su espíritu carece de rienda. La mujer elegante no es fanática, no quiere imponer sus creencias a los demás, pero sabe a dónde va; o al menos tiene fe en la palabra cristiana que la dirige. Jesús no puede engañarla cuando le predica amor al prójimo, piedad para el triste, lealtad para el esposo, para el amigo, para el simple desconocido que se acerca a ella. Su virtud se desenvuelve por una senda abierta al amor de las cosas grandes.

¿Qué haría, en cambio, sin religión? ¿Tendría fuerza suficiente para hacerse una moral propia? Sólo en este caso sería obligatoria su independencia, su valor frente a los grandes problemas del mundo. Y aún así, por original que fué su moral, no podría perder de vista, después de toda una vida de pensar, la silueta divina de Jesucristo.

La mujer sin religión provoca muchas sospechas; no le tengamos confianza. Por lo general finge ser libre, pero reza oculta en los rincones e invoca a los santos, en secreto. Hay que ser francamente religioso; mejor dicho, francamente cristiano.

## La verdadera belleza sólo se encuentra en la mujer pura que practica los siguientes principios

1º—Debe ser sencilla en el pensamiento, en el vestido, en todo género de acciones.

¿Es elegante, acaso, la niña complicada de alma; la niña que sueña en cosas absurdas, en extravagantes riquezas, en viajes imposibles, en rancias y estúpidas noblezas de sangre? Esa niña, de pensar en tal forma, nunca estará satisfecha con lo que tenga; llegará al sacrificio de su virtud por realizar uno de los caprichos de su fantasía. Ama demasiado el confort, los placeres terrenos, para ser buena esposa, buena hija, buena amiga. Jamás estará satisfecha con nada; los placeres intelectuales estarán siempre muy lejos de ella.

No olvidéis, amigas mías, que la sencillez y pureza del pensamiento se manifiestan en la sencillez del vestido, de los ademanes, de las costumbres. La mujer lujosa y brillante, amiga de colgajos y de joyas costosas, tiene, sin duda alguna, un pensamiento demasiado terreno para ser verdaderamente buena en el fondo. Los hombres cultos saben reconocerlo así; y ellos son los jueces de la verdadera belleza.

2º—No debe murmurar nunca. ¿Hay alguna piedad, algún amor al prójimo en la persona inclina-

da a los chismes? ¿Hay un adarme de caridad en estar analizando las faltas ajenas, los vicios ajenos? ¿Se corrigen esas faltas y esos vicios con nuestra murmuración? ¿No es mejor emplear el tiempo hablando de cosas de arte, de un libro bello, de una acción noble? ¿No os dáis por enteradas de que la persona que tiene por oficio estar hablando mal de los otros, merece ella misma el castigo de las lenguas ajenas? Y, por otra parte, ¿no habéis notado que son precisamente los espíritus bajos, los murmuradores de oficio, los perseguidores del prójimo, los calumniadores, los deslenguados, quienes no pueden ver una persona sin zaherirla? Si estas costumbres son horribles en el hombre, ¿calculáis qué calificativo merecen practicadas por una niña? No os llaméis a engaño: el murmurador no tiene amigos, no puede conquistar simpatías; trabaja en el vacío sin percatarse de ello; no es una persona elegante; es decir, no es un espíritu bueno.

3º—No debe ser coqueta. La coqueta no inspira confianza; y la confianza es una condición imprescindible de la mujer elegante. No hay seriedad en ella. Y la seriedad—no la adustez, no la cara agria, no el gesto duro e inflexible— es la base de la honradez en las costumbres, en el pensamiento, en todo. La elegancia no puede existir en las almas charlatanas y veleidosas; y la coquetería es, precisamente, esto mismo: charlatanería, veleidad, falta de

nobleza, de pensamiento sólido, de propósitos definidos. La mujer coqueta es un candidato para la desgracia. No lo olvidéis, amigas mías.

4º—No debe ser envidiosa. La envidia es un signo muy triste de inferioridad: asume multitud de formas para manifestarse: en gentes que parecen cultas, toma la forma de la frase sutil, de la chanza inocente; pero dentro de esas frases finas, de esas bromas al parecer candorosas, va envuelto el verdadero pensamiento del envidioso. No os llaméis a engaño con esos hipócritas. Cuando piensan que han sido descubiertas sus bajas intenciones, os llenan de elogios falsos; detrás del aplauso fingido vendrá la nueva satirilla, la nueva chanza envidiosa. Estad seguras, amigas mías, que la persona que haga esto, por culta que parezca, es una fracasada: ha perdido su juego en la vida: por eso envidia a los espíritus que la superan. No hablo de los otros envidiosos, porque todo el mundo sabe reconocerlos. De todas suertes, no involucrés en vuestras bromas, la intención hiriente del envidioso, vigilad vuestras frases contra la envidia, como el pastor vigila su ganado contra el lobo. La mujer elegante, es decir, la mujer buena, no puede ser envidiosa; y siente una viva repulsión por la envidia.

5º—Debe ser ordenada. Ordenada en lo que piensa; en lo que expresa; en lo que lee; en lo que viste; ordenada en su trabajo; en sus diversiones;

en sus apetitos; en sus costumbres. La niña desordenada carece de honradez: no está capacitada para dar cumplimiento a sus compromisos. De este modo llega fácilmente a la mentira, a la farsa. No es, no puede ser espiritual; no es, no puede ser seria; no es, no puede ser sencilla, no puede ser bella, en el noble y real sentido de la palabra; no puede ser elegante. La niña desordenada no puede ser limpia y pura, en su cuerpo ni en su espíritu: es una persona fea y desagradable.

6º—Debe ser alegre. La mujer sencilla, discreta, seria, ordenada, tiene suficientes motivos para ser alegre: para cantar, para hacer alegría entre los suyos; para transmitir júbilo a cuantos la tratan; para ser verdaderamente optimista. La tristeza no es su estado natural. Los jardines prosperan bajo sus cuidados; los sirvientes la respetan y la aman: trabajan a gusto con ella. Sabe que nadie tiene más derecho de ser alegre, que la persona que tiene un alma bella.

7º—Es muy oportuna. No hace visitas innecesarias; y cuando las hace las limita en corto tiempo; no interrumpe al que lee o escribe; no habla en los conciertos musicales: sabe escuchar con interés: es un deleite inapreciable sentirse escuchados por ella. Llega siempre a tiempo; sabe devolver los libros que le prestan; hace sus tareas religiosamente. Paga sus deudas con verdadero escrúpulo.

8º—Especializa algún estudio. La mujer elegante conoce un secreto de suma trascendencia: sabe que la verdadera nobleza está en el dominio de la bondad y en el cultivo de la inteligencia. Por eso especializa sus estudios en algún ramo de sus simpatías: la veréis trabajar, en este sentido, siempre. No es que desee hacerse bachillera—en la acepción burlesca del término—; no sería eso cosa elegante: su propósito es el de ser muy culta en algo, regularmente en el cultivo de algún arte: música, pintura, escultura, poesía. En esa forma no carecen sus recursos mentales para comprender, más allá de lo mediano, los problemas íntimos de la vida. Sus ratos de ocio cobran, así, la trascendencia de una sublimación íntima.

¿Os apegáis ahora, amigas mías, a los caprichos de la moda; a la mutilación del afeitte; a la veleidat; al desorden; al brillo de las cosas materiales; a los hombres incultos; a los barnices engañosos del mundo social?

Ya habéis visto que la elegancia es cosa muy diferente: me sentiría muy orgulloso si mis palabras os hubiesen puesto a meditar, sobre estos problemas, un instante.